

DOMINGO II DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49, 3.5-6): ***Tú eres mi siervo de quien me siento orgulloso.***

Salmo (39, 2 y 4ab.7-8a.8b-9.10): **«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»**

2ª lectura (1ª Corintios 1, 1-3): ***La gracia y la paz de parte de Dios.***

Evangelio (Juan 1, 29-34): ***Este es el Cordero de Dios.***

Vivimos en un mundo cada vez más deshumanizado, más mecanizado, más mercantilizado, más “on line”, en el que las relaciones humanas se van perdiendo y sustituyendo por relaciones virtuales, sin calor, sin color, sin consecuencias. A pesar de la vigencia de los derechos humanos, de que tanto presumimos en los países desarrollados, ¿son derechos... o privilegios para unos en detrimento de otros?

Miremos a los millares de inmigrantes muertos ahogados cuando buscaban nada más que su derecho a una vida digna; o la situación de los millones de refugiados encerrados en campos de “internamiento”, sin derecho a lo más básico para su subsistencia; o pensemos en los millares de niños utilizados como soldados y entrenados para la guerra; o los millones de seres que mueren diariamente de hambre en lo que llamamos el Tercer Mundo.

La indiferencia con que acogemos lo que les pasa a los demás, a los de otra familia, a los de otro pueblo, a los de otra nación, a los de otro continente, es decir, a los otros, está erosionando la convivencia, y está cuestionando nuestra condición de seres humanos.

¿De verdad pensamos que todos somos seres humanos? ¿De verdad creemos que todos somos iguales? ¿De verdad proclamamos que “todos los seres humanos nacen libres e iguales, y que, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente”, como reza el artículo primero de los Derechos Humanos?

Y es que no basta con reconocer que somos humanos; tenemos que ser, vivir, practicar como seres humanos, o sea, ser solidarios y sentirnos y vivir como hermanos.

Con la narración del Bautismo de Jesús, que nos recuerda el evangelio, Juan subraya también la misión de Cristo. Jesús es el siervo de Yahvé elegido para ser Luz del mundo y es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Por una parte, su misión consiste en ser luz, disipar las tinieblas, alumbrar la verdad, porque la verdad hace libres. Pero es también el cordero que limpia el pecado, que es el mayor impedimento para ser libres de verdad.

El Bautismo de Jesús es el principio de la actividad de Jesús, el comienzo de su misión, lo que nos relatan los evangelios. El Bautismo de Jesús, que recordamos, es la toma de conciencia de nuestro propio bautismo, de nuestra misión cristiana.

El bautismo, que recibimos probablemente de niños, debe ser también el comienzo de nuestra misión cristiana. Tenemos que recordar y revivir ese acontecimiento de nuestra vida, para responsabilizarnos de la misión recibida, de la tarea encomendada. La misión cristiana, la nuestra, la de toda la Iglesia, la de cada uno de los cristianos, la mía, por tanto, no puede ser otra que la de Cristo.

Porque sigue siendo necesario y urgente poner claridad en medio de tanta confusión como nos rodea por todas partes y por tantos medios. Es necesario hacer hueco para que la verdad emerja de entre tanta palabrería y mentira como circulan incontenibles. Y es urgente, indiferible, erradicar el pecado del mundo, poner coto a la injusticia que se ceba siempre en los más débiles. Los derechos humanos, o son derechos de todos y para todos, sean del país que sean, o no son derechos humanos, sino privilegios de los poderosos.

Ser cristianos, como ser humanos, no son títulos solo para enorgullecernos, sino responsabilidades para orientar nuestra existencia en colaboración con todos y en asistencia y ayuda de los más necesitados. No podemos conformarnos los cristianos con pertenecer a la Iglesia y cumplir nuestros deberes religiosos.

El Papa nos recordaba: **«La Iglesia no es un “club de socios”, sino un movimiento organizado para seguir la misión de Cristo, que pasó por el mundo haciendo el bien, curando toda dolencia, y anunciando la Buena Noticia».** Hacer el bien, remediar la pobreza desterrando la injusticia, consolar a los que sufren trabajando por aliviar el dolor y la enfermedad, y dar motivos de esperanza, con la buena noticia del evangelio y las buenas obras de la caridad es nuestro reto.